

## Doctorado Honoris Causa en la amistad

Nelson Parra

Hermano de Ciro Parra

Agradezco al doctor Efrén Rodríguez, decano de la Facultad de Educación, y al equipo editorial de esta revista *Educación y Educadores*, por haberme dado la oportunidad de escribir estas líneas sobre mi hermano y amigo Ciro Parra Moreno.

No fuimos mellizos y menos gemelos, pero muchas veces hubo personas que nos confundían o nos decían que nos parecíamos mucho. Mi respuesta siempre fue la misma: “¡Uno no escoge a sus hermanos; yo soy el guapo y, algunos dicen, que él es el inteligente!”. A lo que él respondía, cuando estaba presente, con una sonrisa discreta y algo amenazante conmigo.

Durante casi 40 años vivimos juntos en la casa de mis padres. Como todos los hermanos, jugábamos, conversábamos, de todo y de nada, discutíamos –de vez en cuando y más de jóvenes que de grandes–, competíamos –casi siempre él se declaraba ganador– y, sobre todo, compartíamos: nuestra afición por el mismo equipo de fútbol, los deportes de raqueta, el cigarrillo, el gusto por la pipa, las excursiones y gastar –no digo, apropósito, perder– el tiempo con los amigos.

Desde cuando empezamos a asistir de pelados a un centro de formación del Opus Dei, pasando por nuestra época de profesores del Gimnasio de los Cerros, y su etapa como directivo del fondo de estudiantes, hasta su última época como decano y profesor de la Facultad, siempre disfrutábamos haciendo planes con amigos. Ciro, especialmente ya de grande, era quien armaba los planes familiares de las celebraciones de fin de año o algunos cumpleaños, aunque al final terminábamos –siguiendo sus sugerencias– ejecutándolos otros. Por eso algunos en la familia decíamos que Ciro siempre nos organizaba...

En el seno de las familias siempre ha habido y habrá pequeñas y a veces no tan pequeñas situaciones que distancian o fracturan la unidad entre los hermanos o entre los hijos y los padres. Además, aquello de que cada hijo es diferente como los dedos de una mano, se hace más evidente en las familias numerosas, como a la que perteneció Ciro, noveno entre

10 hermanos y hermanas. Sin embargo, también en cada familia hay, además de los padres, uno o una que se esfuerza por unir, por conciliar, por reparar esas pequeñas heridas, los distanciamientos que se generan con el paso de los años. Así lo trató de hacer siempre Ciro. Cumplió con lo que San Agustín llama los deberes de la amistad: el amor, la confianza, la franqueza y la oración.

Con el paso de los años, Ciro fue madurando en su relación con los hermanos, con los sobrinos. No imponía sus ideas ni sus opiniones y, sobre todo, escuchaba. Seguramente porque escuchaba el doble de lo que hablaba, especialmente mis hermanas lo “adoraban”, además de que con ellas siempre fue especial.

Se esforzaba por tener con todos o, por lo menos, con los que tenía un trato más frecuente, detalles de cariño en el día de su cumpleaños o en su aniversario de matrimonio o en las fiestas de fin de año. Cuando lo visitamos en su casa, fiel al hábito que tenía mi padre, nos recibía con algún detalle de comida o bebida, nos hacía sentir cómodos, especiales. Se preocupó por abrirnos el panorama y por apoyar los proyectos de los sobrinos o hermanos que lo buscaban o requerían de su apoyo. Tenía un carácter fuerte, que a veces se le salía, ¡y a quién no le ha pasado!, pero con el paso de los años lo fue moderando. Más que imponer, sugería, “invitaba”.

Muestra de lo referido, transcribo el comentario que hizo por WhatsApp Franklin Molano, periodista, crítico de cine y literatura, egresado de la Universidad de La Sabana, inmediatamente cuando se enteró de la muerte de Ciro.

*Recuerdo que me presentó a su hermano, Ciro, con quien conecté en la ironía, la frase inteligente y ese humor fino, que me llevó a buscarlo en varias ocasiones. Hablábamos, conversábamos, de la fe y la razón, de la importancia de la verdad y la responsabilidad de informar. Hablaba en tono serio, pero luego lanzaba un apunte que desataba la carcajada. Me gustaba como*

*empataba palabras y articulaba el lenguaje. (3 de diciembre de 2024)*

“¿Quién es este señor a quien vienen a visitar tantas personas?”. Con esta y otras preguntas y comentarios similares nos cuestionaban algunos funcionarios, así como guardias, recepcionistas, profesionales del cuerpo médico y hasta el capellán de la clínica donde Ciro pasó sus últimas semanas de vida. Y es que no dejaba de causar curiosidad a todos el hecho de que, mientras pudo recibirlos, llegaran a ver a Ciro jóvenes y menos jóvenes, parejas con sus hijos, colegas, familiares. A todos les dedicaba unos minutos, los escuchaba, les contaba alguna anécdota, atendía sus preocupaciones, oía con paciencia sus recomendaciones médicas, en fin, se interesaba por sus intereses. Tenía muchos amigos y amigas, unos de muchos años y otros más recientes, pero todos se sentían especiales, yo diría que casi únicos o “su mejor amigo”. Y fue precisamente este uno de los rasgos característicos de su personalidad, una de las virtudes que practicó con mayor intensidad: la amistad.

Al respecto, en esta breve semblanza solo pretendo destacar, con algunas pocas notas, cómo Ciro vivió esta virtud, en dos de los principales “ámbitos en los que se desarrolla la amistad: la familia y la educación”, como señalara J. F. Sellés en “La educación de la amistad: una aproximación conceptual” (2008, p. 16).

Fiel a sus amigos, fiel a sus principios. Amigo de sus estudiantes y colegas. Así procuró vivir siempre Ciro: fiel a sus principios éticos y morales y a la espiritualidad cristiana que aprendió de San Josemaría Escrivá. Esto le permitió tener amigos de arriba y de abajo, de derecha y de izquierda. Pues “los amigos pueden estar en desacuerdo en sus planteamientos teóricos sin que ello mengue su amistad. Como dice Aristóteles, no es bueno para la convivencia social que todos piensen lo mismo” (Polo, 2003, p. 213).

Lo dicho lo refuerzan otros testimonios de la personalidad de Ciro:

*Era esa persona que, a pesar de su cargo directivo, sin perder autoridad y dando siempre buen ejemplo, le abría a uno su amistad. Salía del escritorio de la decanatura para sentarse con uno a hacer toda la producción. Era un directivo que acompañaba en el trabajo, que no solo mandaba hacer, sino que hacía con uno, y de esa forma mostraba su vocación por enseñar, así como por transmitir lo que quería con el compromiso de quien te exige, pero te guía. (Comunicación personal, Óscar Rivera, comunicador social, 17 de febrero de 2025)*

Podría decir que Ciro, gracias a la virtud de la amistad, forjó progresivamente su carácter y contribuyó a construir y formar el de muchos otros, con quienes se cruzó en la vida. La amistad sincera y desinteresada le llevaba a conocer y tratar al “otro como su otro yo”.

*Cuando conocí a Ciro, lo primero que me llamó la atención fue su deseo de ayudar y su habilidad para escuchar. Siempre estaba dispuesto a escuchar los problemas del día a día y los dilemas que enfrentaba, ya fuera en los estudios o en el trabajo. Muchas veces, esos dilemas podían parecer triviales; otras veces, más complicados, pero él siempre lograba guiarme, llevando mis preocupaciones a un lugar donde podía tomar decisiones y seguir adelante. (Christopher Quin-*

*tero, magister en Psicología, 31 de marzo de 2025, vía WhatsApp)*

Con su capacidad para escuchar y ponerse en los zapatos del otro –y cuando digo otro me refiero a hombres y mujeres–, pudo orientar, aconsejar y hasta consolar. No trataba a todos por igual, ni buscaba convencer o imponer, sino “ayudar a descubrir a cada quien el sentido de su propio acto de ser personal, es decir, su propia vocación”. (Sellés, 2008, p. 17).

*Yo le decía “querido Ciro” o “querido doctor Ciro”. Me quedan de recuerdo sus sonrisas, con sus saludos sinceros, con un abrazo cariñoso de ese amigo que te alegra el rato, que me mostraban el apoyo de alguien que acompaña por la vida y ayuda a respirar mejor mientras se sigue caminando. Ciro Parra, para mí, fue el amigo que siempre daba dos pasos mientras yo iba a mi ritmo lento, esperándome con paciencia, y su sonrisa del profesor que entiende que uno va hasta donde puede y en sus tiempos, sin dejar de exigir, al ver la vida que él mismo llevaba. (Óscar Rivera, 17 de febrero de 2025)*

Termino con esta frase del crítico literario y profesor Franklin Molano: “Ciro fue siempre paciente y un buena onda. Me llevo su risa, su saludo y esos instantes de charla. Voló. Él queda en nuestra memoria. Bendición”.

## Referencias

Polo, L. (2003). *Antropología trascendental*, t. II: *La esencia de la persona humana*. Eunsa.

Sellés, J. F. (2008). La educación de la amistad: una aproximación conceptual. *Educación y Educadores*, 11(1). <https://educacionyeducadores.unisabana.edu.co/index.php/eye/article/view/722/805>